

de Montalbán. Y por cierto que promete divertimientos la función. Hanme dicho que don Francisco de Quevedo asistirá, y que, confundido con las mujeres de la *cazuela*, va á soltar la vena de su gracejo para zaherir y mortificar al autor.

* * *

Me despedí de mi camarada y seguí mi camino. Al dar vuelta por la esquina de las calles de Santa María y León, me santigué frente al retablo de la Virgen de la Novena, patrona de la gente de teatro, gracias al milagro portentoso con que mostró su misericordia á la histriona Catalina Flores, á quien volvió los movimientos del cuerpo tullido y como agarrado. Pasé por mi sitio favorito: el *Mentidero de los comediantes*.. Nadie había en aquella hora. La oscura taberna, en la que solía echarme el azumbre de vino, en compañía de *bolulúes* y *ñaques* de la *legua*, estaba desierta. Me dirigí, á rapido paso, ya decidido á no detenerme en ninguna parte, hacia el *corral* de la Cruz. Llegué. Comenzaba á entrar la *mosquetería* por la amplia puerta, y por la otra, por la de la *jaula*, escurriase el alborotador mujerío. Antes de instalarme en el *banco* que, por derecho, había heredado de mi padre, antiguo y célebre *mosquetero*, que daba y quitaba famas á poetas y farsantes, compré al conocido vendedor Francisco Briseño avellanas y turrónes, en la pequeña cantidad que me permitían mis salarios. Por el pringoso empedrado del patio oí sonar las gastadas suelas de mis zapatos. Al pie del tablado estaba mi *banco*, en el cual me senté con aire de orgullo satisfecho. Me parecía que aquel sitio me otorgaba la hidalguía que me negó el origen plebeyo de mi familia. Entretanto, se llenaban *gradas*, *desvanes* y *rejas*. Yo entretenía mi inquietud pensando que la comedia que se iba á representar, estrenada el año anterior, había provocado una tempestad de *víttores*, y que su autor, joven aún, recién llegado en los tercios que volvieron de Lombardía, era recibido en la Corte con tan vivas muestras de admiración, que el monarca, á fuer de protector de las artes, le había dado el encargo de componer una comedia fantástica, en la que pudieran estrenarse las tramoyas, maquinarias y apariencias que un tal Cosme Loti, un italiano de gran inventi-

va, había construido para el maravilloso teatro del *Buen Retiro*.

* * *

¡Ah! ¡El *Buen Retiro*!.. qué diferencia debía de haber entre ese encantador portento y éste en que ahora me hallaba yo, semi-arreglado por el tacaño Alberto Ganasa, otro italiano pobretón. Levanté los ojos para perseguir la soñada visión del *Buen Retiro*. Por el blanco toldo de tela burda que cubría el corral, se tamizaba, en reflejos de oro, la luz del sol.

¡Don Pedro Calderón de la Barca! De boca en boca corría la narración maliciosas de sus lances de amor y fortuna. Se hablaba de ciertos juveniles devaneos, de ciertas aventuras de soldado, y aun de ciertas cuchilladas, que se levantaron en una pendencia, cerca de las Trinitarias, iglesia en la cual tuvo que refugiarse el adversario del poeta, para librarse de las ciegas acometidas de éste. Pero ya, según parecía, aquellos ímpetus y bravuras se desvanecían y deshacían en piedad cristiana. Se aseguraba que don Pedro Calderón se disponía á *tomar iglesia*. Como mi padre me había contado de Lope de Vega, el *monstruo de la Naturaleza*, cuyas comedias repletaban el hato, lo mismo el de las seis compañías reales, que el de los *cambaleos*, *garnachas* y *mojigangas* que recorrían por un puñado de maravedís las fiestas de las aldeas. Pero este Calderón levantaba en mi ánimo, más que los otros, un sentimiento hondo, aunque indefinible, de fuerza vanidosa. Toda comedia suya me reconfortaba y enorgullecía. Era como un baño de vigor para mi espíritu. Sentía yo con ellas una conciencia más firme y segura de mi sér español. Y muchas de tales comedias halagaban mi devoción como católico, mi obediencia como súbdito, y mis ideas de moralidad caballeresca y puntillosa. Y como estos pensamientos iban envueltos como en linos siderales, en luminosas y matizadas retóricas, en aéreos encajes de sutileza y gallardía, en misteriosas alusiones de mitología é historia clásica, en citas de recóndita erudición, en pompas y ornatos platerescos, todo lo cual era intrincado laberinto de la fantasía, á la vez que caricia y regalo de la oreja, mi admiración y veneración crecían de punto cada vez que mis cavilaciones me llevaban á profundizar los méritos y virtudes